



LA REPARACIÓN Y EXPIACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=6LwgRWREiLY>

En este día de la novena me habéis pedido una reflexión sobre la reparación y la expiación al Corazón de Jesús. Hay que reconocer que estos términos de reparación y expiación no los utilizamos mucho; quizás han quedado un tanto en el olvido y, sin embargo, bien comprendidos y bien entendidos, nos ayudan a comprender la devoción al Corazón de Cristo en toda su profundidad.

Voy directamente al tema, sin perderme en prolegómenos. ¿Cómo entender la reparación? ¿Cómo entender la expiación? Yo lo haría desde tres supuestos, desde tres perspectivas. La primera: ¿qué significa **reparación o expiación**? Significa volver, retornar al Señor, pero tocados por su amor. Es como la vivencia del pecado desde el que ha sido rescatado y, al ser rescatado, entonces comprende la trascendencia de ese amor.

En realidad hay un misterio, y el misterio es que solamente comprendemos la hondura del pecado cuando hemos sido perdonados; hasta entonces es que no nos hemos enterado o nos hemos enterado muy superficialmente de las cosas. Por lo tanto, la reparación, la expiación, es un volver a casa y comprender el misterio, el drama que ha acontecido en el Corazón de Jesucristo.

La parábola del hijo pródigo, esa que tantas veces hemos escuchado y proclamado del capítulo 15 de San Lucas, creo que nos ayuda a asomarnos a este misterio. El hijo pródigo que retorna a la casa, en un primer momento, sin duda alguna, no se pone en el camino con una intención, con una convicción reparadora. Pues no. Su decisión de volver a casa y decir "voy a pedir perdón, he perdido mi dignidad, mira dónde estoy, mira qué bajo he caído, los criados de mi padre viven mejor que yo, volveré, pediré perdón humildemente, me humillaré"... era, ciertamente, un momento de vuelta a la casa del padre muy importante, en el que Dios también se había servido de la experiencia de lo bajo que podemos caer, de la degeneración tan grande a la que podemos llegar y que, a veces, puede ser uno de los elementos de los que Dios se sirve para nuestra conversión; pero no era una vuelta reparadora.

La vuelta reparadora se produce cuando este hijo, descubre a través de la alegría tan grande que percibe en el padre por ese retorno, la emoción de ese padre que no espera que el hijo llegue a casa sino que sale corriendo y le busca y le llena de besos y se asoma a lo acontecido en el corazón del padre al recibir una recepción tan gratuita, tan inesperada y tan desproporcionada. Esa acogida inmerecida es la que le permite descubrir cuánto ha sufrido el corazón de mi padre para que yo sea acogido de esta

manera, y en ese momento es cuando comienza lo que podemos decir un regreso, un volver reparador.

Una conciencia que él en ese momento tiene (que la parábola no lo describe y no se prodiga en detalles de lo que acontece en ese hijo cuando ha vuelto a casa del padre), y podemos entender que ese hijo, al haber descubierto el sufrimiento del padre, necesita recuperar el tiempo perdido. Necesita amar y dar alegrías para querer compensar de alguna manera el sufrimiento que ha provocado; quiere recuperar el tiempo perdido con expresiones de cariño, con expresiones de amor.

Por lo tanto, el primer sentido de la reparación es la vivencia del pecado desde la experiencia de **la misericordia**. Cuando uno, desde la experiencia de la misericordia, percibe lo acontecido en el corazón de Dios con su pecado, es cuando siente la necesidad de la reparación en su vida: quiero darle a Dios alegrías, quiero alegrar el Corazón de Jesús compensando mis pecados, compensando también el pecado de mis hermanos.

Y vamos a este punto último: hay otro supuesto de la reparación que es el de la solidaridad entre nosotros. Existe también una solidaridad para el mal, que existe porque es verdad que a veces nos arrastramos unos a otros y nuestra historia de pecado fácilmente hace un daño grande en la comunión del Cuerpo Místico de la Iglesia; pero también existe una solidaridad en el misterio de la salvación. Y Dios ha querido que las almas enamoradas arrastren a otras muchas a la salvación. Recuerdo que había un padre de familia de nuestra diócesis que un día, en un encuentro de matrimonios, con mucha garra me decía: "estamos en esta vida para salvarnos, pero llevando unos cuantos con nosotros arrastrados", decía él, "en racimo alguien coge y en racimo arrastra otras almas".

Pues bien, esto es quizás este segundo aspecto. En esa parábola del hijo pródigo lo vislumbramos dramáticamente en esa solidaridad reparadora que no tuvo el hermano mayor de la parábola, porque de ese hermano mayor se debía haber esperado que, al marchar su hermano pequeño, en él hubiese habido un deseo profundo (él que estaba desde cerca viendo el sufrimiento de su padre por la marcha del pequeño) y se debiera de haber esperado de él que él se hubiese prodigado con un deseo de reparación: "padre, quiero amarte y quiero con mi entrega filial también compensarte; sé que sufres por la ausencia del hermano pequeño, pero yo quiero con mis muestras de amor de alguna manera compensar su ausencia". Y no sólo eso, también: "estoy plenamente, como tú lo estás, padre, empeñado en el retorno del hermano pequeño".

La reparación también es como **la conciencia de corresponsabilidad** de lo que ocurre a los demás. Entender también que, hay un misterio el que Pío XII afirmó en aquella expresión en la encíclica *Humani Generis*, en la que decía: "*es un misterio insondable que la salvación de otras almas dependan de la oración y el sacrificio de algunas almas*". Qué misterio es ese? Qué unión, qué destino ha hecho Dios también entre nosotros? Si es verdad que cada uno de nosotros seremos juzgados de nuestras propias acciones, sin embargo también es verdad que existe una solidaridad entre nosotros y que hay también una unidad de destino en todos nosotros. Por eso, el segundo sentido de la reparación, de la expiación, es la conciencia de nuestra corresponsabilidad de lo que ocurre en el mundo. Mi tibieza, mi mediocridad, tiene también una responsabilidad importante en lo que pasa en el mundo.

Voy a contar que una de las cosas que más me conmovió en este curso que termina es que, después de uno de estos retiros de Emaus que se han celebrado últimamente en la diócesis, uno se da cuenta de que algunas personas tienen un primer encuentro con Cristo, gozosísimo, que cambia el horizonte de su vida; y personas que también se habían encontrado con Cristo, entienden su vida y su lugar en el que Dios las quiere en el seno de la Iglesia en una clave que hasta entonces no habían comprendido. Uno de estos itinerantes que habían realizado ese encuentro me pidió una entrevista y yo con mucho gozo le recibí y me contó la gracia tan grande que había recibido de reafirmar la conversión.

En un momento determinado, aquel hombre se puso de rodillas ante mí y me dijo que había entendido en el curso que quería pedir perdón porque se había dado cuenta de que su tibieza y su mediocridad, también formaba parte de los problemas de la diócesis. Me dijo "me he dado cuenta de que los problemas de la diócesis, de los cuales yo muchas veces he hablado y criticado, los problemas de los sacerdotes, los problemas de los seminaristas, yo los había visto como un espectador y con un sentido muy crítico; y yo, en esta gracia de conversión que he recibido, me he dado cuenta de que mi tibieza y mediocridad formaban parte del problema". Y la verdad es que me impresionó ver a un hombre de rodillas queriendo pedir perdón por los problemas de la diócesis de los que él comprendía que su mediocridad formaba, misteriosamente, parte y había influido negativamente. Es otra perspectiva clave para que entendamos el misterio de la reparación.

Y el tercer supuesto desde el que abordamos el tema de la reparación es el de la conciencia de que el sacrificio de nuestra vida, **la cruz de nuestra vida**, está llamada misteriosamente a unirse con la cruz de Cristo. Nos acordamos de ese texto de Colosenses, capítulo 1:24 donde dice: "*completo en mi carne lo que falta a la pasión de Jesucristo*". Es un misterio el que el Señor también se sirva de la cruz de nuestra vida para llegar a hacer todavía más fecunda la cruz de Jesucristo. Nada de lo que acontece en nuestra vida deja de ser fecundo si está unido a la cruz de Jesucristo.

A veces la reparación llega especialmente a través del sufrimiento y del dolor. Hay un episodio en la vida de San Francisco Javier que siempre me conmovió especialmente desde mis tiempos de seminarista, y el episodio se refiere a que, en uno de esos largos tramos de viaje que Francisco Javier realizaba, tenía que convivir en aquellos barcos en los que es de suponer que la convivencia sería muy agobiante. Convivía con algunos soldados que tenían una vida muy desequilibrada, en la que fácilmente se jugaban todo el dinero y lo perdían. Uno de aquellos soldados le pedía, después de haber perdido el dinero en el juego, dinero a Francisco Javier; él le daba lo que tenía y lo seguía perdiendo y lo seguía mal utilizando. En un momento determinado Francisco Javier le insiste en su conversión, en su confesión y el soldado llega un momento que finalmente le confiesa sus graves pecados. Francisco Javier, viendo la debilidad de su conversión, le da una leve penitencia (cosa que en aquel tiempo las penitencias eran bastante más serias que las nuestras) y aquel hombre dijo: "pero qué penitencia tan leve me han dado con los pecados que yo he confesado" (Francisco Javier le dio una leve penitencia y aquel hombre se quedó perplejo.) El caso es que después, aquel hombre, sorprendido por esa paciencia de Francisco Javier, le espía y vio que Francisco Javier se había retirado a una esquina del barco y se había puesto él a disciplinarse, haciendo penitencia por la penitencia que no le había puesto a aquel penitente, ya que le veía con una conversión tan débil que no le veía capaz de poder

hacer la penitencia proporcional y debida a sus pecados. Por eso Francisco Javier había decidido ponerle una leve penitencia y el resto hacerla él. Aquel fue el momento de gracia que Dios dio a aquel hombre para arrancarle su conversión: el caer en cuenta de la conciencia que tenía Francisco Javier de reparación, de expiación, a través de la propia cruz de su vida, a través de la propia mortificación elegida libremente y unida a la cruz de Cristo por la salvación del mundo.

Estas, podemos decir que, son las claves de la reparación. Y ahora podríamos decir ¿pero de qué forma concreta yo podría vivir una espiritualidad reparadora? ¿yo cómo puedo llevar adelante la reparación en mi vida? ¿de qué manera práctica debo de ofrecerle al Señor una vivencia reparadora? Me atrevo a daros seis consejos breves, concisos, de cómo llevar adelante esa espiritualidad de reparación.

En primer lugar, creo que una forma muy práctica de llevar adelante una reparación al Corazón de Jesús es pronunciando en nuestra vida, una y otra vez, el *Fiat*, el "**hágase**". No pensemos que la reparación es hacer muchas cosas que no hacemos, porque a veces, cuando pensamos en la reparación, uno dice: "¿qué cosas así especiales, supererogatorias, de esas que no hace nadie en el mundo, son las que yo debiera de hacer?". Un momento, el punto de partida básico de la reparación es la aceptación en nuestra vida. El Señor quizás no me pida, es posible que no me pida que haga cosas que no estoy haciendo, sino que lo que me pide como algo clave en la reparación es que yo pronuncie el *fiat*, el "hágase", en aquello que en mi vida Dios, de facto, ha puesto y no he terminado de aceptar, de abrazar. Decir "este es el escenario para mi santificación que Dios ha puesto en la vida". Y la clave es que yo no esté pensando en otro escenario distinto, sino que me desposee en un *fiat* definitivo con este escenario para la santificación. Este es el lugar, es el entorno, son las circunstancias en las que yo tengo que pronunciar el *fiat*.

Por ejemplo, ese *fiat* se traduce en mi manera de trabajar, en la santificación del trabajo, vivir con cariño, con decisión, cada momento de nuestra vida. A veces nos descubrimos a nosotros mismos (es fácil que a veces acontezca eso en nuestra vida), cuando tenemos un día muy ajetreado, una agenda con muchas actividades, es fácil descubrirse a si mismo, y yo lo digo por mi propia experiencia, diciendo "bueno, de las ocho entrevistas que tenía ya han pasado cuatro, ya me faltan menos, a ver si me voy quitando ocupaciones", en vez de vivir con intensidad cada momento presente. A veces nos descubrimos a nosotros mismos como queriendo terminar, queriendo acabar para, quizás, equivocadamente, decir: "voy a estar con el Señor" o "voy a hacer un momento de oración", queriendo quitarnos de encima tantas cosas en vez de descubrir en todas ellas, también, la llamada de Dios, a acoger su hora, su llamada a pronunciar el *fiat* en cada una de las cosas que acontecen en nuestra vida. El desposorio con nuestra situación existencial, con las circunstancias de nuestra vida que estamos llamados a acoger; ese es el punto de partida clave de la reparación.

En segundo lugar, creo que otra gran ofrenda de reparación es el **afrontar nuestros miedos**. Jesús nos dice "no temáis" y es verdad que existen muchos motivos, humanamente hablando, para generar temor en la vida. Es verdad que las cosas están complicadas; sería ridículo tener un falso optimismo, el optimismo del avestruz. Existen, humanamente hablando, motivos para preocuparse, pero es importantísimo entender que a Dios nada se le escapa de la mano y comprender que este es el momento del Señor, que la llegada del Reino de Dios está aconteciendo y que estamos llamados a

afrontar los temores en un acto de confianza. Vencer los miedos desde la confianza es un acto de reparación agradable a los ojos de Dios.

Yo me acuerdo mucho de San Agustín en estos momentos duros que estamos viviendo, porque es verdad que son momentos duros en los que la vida de la Iglesia puede cambiar mucho en poco tiempo, de hecho esta cambiando mucho. Me acuerdo de aquel momento que le tocó vivir de la caída del Imperio Romano. Lo que pudo ser para aquellos cristianos que, después de haber sido perseguidos, finalmente ven cómo el Imperio Romano se hace cristiano y llega un momento en que el cristianismo casi se identifica con el Imperio Romano donde las fronteras del cristianismo coinciden con las fronteras del Imperio. Porque hubo un momento en que San Agustín ve cómo vienen los bárbaros, van poco a poco ganando terreno y el Imperio se va concentrando más; cuando San Agustín está ya a las puertas de las murallas, ve que la gente entra en pánico, que parece que Dios hubiese abandonado a los cristianos, parece que el cristianismo llega a su fin, pero en ese momento es cuando San Agustín hace un acto de confianza, venciendo el temor y escribe aquella famosa obra *De Civitate Dei*, diciendo: "la Ciudad de Dios está por encima de este acontecimiento; si el Imperio Romano cae, pues caerá, pero el designio del Señor está por encima". Y si vienen los bárbaros, pues que vengan, y ya se harán cristianos. Y se hicieron cristianos. Este es un momento histórico que conviene recordarnos a nosotros mismos porque forma parte de nuestro espíritu de reparación el vivir, este momento difícil, en plena confianza.

Me viene también con frecuencia a la mente ese pasaje del Libro de Daniel, en el capítulo segundo, del famoso sueño de Nabucodonosor. En la visión de aquella estatua, el imperio babilónico parecía invencible. Estaban allí los israelitas esclavizados, desterrados, lloraban el recuerdo de Sión y en aquel momento tiene lugar aquella visión de Daniel, en la que vio un gigante, una estatua que tenía la cabeza de oro, pechos y brazos de plata, el abdomen de bronce, piernas de hierro y pies mezcla de hierro y barro. Tenía los pies de barro (de aquí viene el famoso refrán) y se desprende una pequeña piedrecita que viene del monte, que parecía que era nada, pero esa piedrecita va cayendo y al final hace que los pies de barro se derrumben y con ella ese gran gigante que parecía invencible se desmorona. Por eso creo que esto es clave: una de las maneras de vivir nuestra espiritualidad de reparación al Corazón de Jesús es vivir no en la angustia, sino en la confianza. Es verdad que están ocurriendo cosas graves, la situación de la sociedad es compleja, pero lo vivimos en confianza, con la conciencia de que es el Señor el dueño de la historia, el que dirige los hilos de la historia.

En tercer lugar, creo que otra forma también privilegiada de llevar adelante la reparación es, ni más ni menos, **la mortificación** de nuestras tristezas y el **ofrecimiento** al Señor de un corazón alegre. Creo que la mortificación más agradable al Corazón de Cristo es la mortificación de nuestros estados de ánimo. De poco sirven otro tipo de ofrecimientos, otro tipo de sacrificios si junto a un corazón confiado al mismo tiempo no somos capaces de ofrecerle un corazón alegre. Creo que también es un signo de nuestro tiempo la profunda tristeza que está copando nuestra sociedad. El mundo necesita un testimonio de alegría y nosotros mismos tenemos que ser conscientes de cómo muchas veces, con una estrategia sin causa, dentro de nosotros se están produciendo tentaciones de tristeza, de no disfrutar de la presencia de Dios.

Creo que una manera clave de vivir nuestra confianza en Cristo es disfrutar de su presencia y que nadie nos robe la alegría de saber que el Señor está con nosotros.

Luego pasarán cosas, pero esas cosas son cositas comparando con esa conciencia de la presencia del Señor que nos da una alegría y una paz interior que nadie nos puede arrebatar. El hecho de que a veces algunas personas arrastren la cruz puede tener una tendencia depresiva; obviamente eso nos lleva a no juzgar a nadie. Vemos personas con cara de tristeza y a saber sus condicionamientos interiores, y siendo conscientes de que hay personas que tiene que luchar con una naturaleza y tendencia psicológica depresiva pero aún así, también a ellas, en su nivel, estarán viviendo la misma batalla que vivimos el resto, sin que podamos juzgar la situación de esa batalla frente a la tristeza, comparándonos unos con otros, porque no es lo mismo tener un tipo de alegría natural que un tipo de alegría sobrenatural. Esa ofrenda al Señor de un corazón alegre es reparadora porque supone un vencimiento interior, un vencimiento de lo que está aconteciendo dentro de nosotros que, en el fondo, es o poner a Dios en el centro de nuestra vida o poner nuestras preocupaciones. ¿Qué está en el centro de mi vida: Dios o mis preocupaciones?

En cuarto lugar, creo que otro gran ofrecimiento para reparar el Corazón de Jesús es ejercer el **misterio de la consolación** con los demás. Entender que ese don de la alegría por el que tenemos que luchar, por el que tenemos que mortificarnos, ese caer en cuenta de que existen razones para la alegría, es un don que tenemos que compartir. Ejercer el ministerio de la consolación ("consolad a mi pueblo") a los demás es un acto de reparación a Jesús, descubriendo a Jesús en tantas almas sufrientes. Hay multitud de heridas en este mundo que nos rodea: heridas afectivas, heridas por abandonos, heridas de desconfianza... se sufre mucho por la incapacidad de amar, este es el sufrimiento principal de este mundo. El ministerio de la consolación a través de las obras de caridad corporales y espirituales, consolando al triste, dando buen consejo al que lo necesita, creo que es una manera clave de reparar el Corazón de Cristo.

Hoy en día creo que los sacerdotes y obispos vemos como existe una petición muy grande: almas que piden ser escuchadas, que mendigan nuestro tiempo. Y a veces es muy mortificante ejercer ese ministerio de la atención a las almas desconsoladas porque pueden, en su sufrimiento, repetir y repetir lo mismo; y ejercer ese ministerio de la consolación es complicado porque también hay que ejercer un poco la corrección fraterna, no únicamente estar alimentando ese victimismo. Para poder ejercer esa consolación fraterna hay que tener mucha paciencia y mucho cariño; hay que haberse ganado el corazón de una persona para poderla corregir. Difícilmente podemos corregir a alguien que tiene ese victimismo si primero no nos hemos ganado su corazón. Hay que ganarse su corazón, tener esa autoridad moral en él para poderle corregir, que el se sepa querido y así acoja esa corrección. La consolación de las personas heridas es uno de los ministerios más necesarios en nuestro tiempo y fácilmente nos quitamos de encima esa situación tan acuciante en nuestro tiempo.

En quinto lugar, quinta forma concreta de llevar adelante la reparación al Corazón de Cristo, es también el **apostolado** propio de quien da razón de nuestra esperanza. Ojo, que la consolación es muy importante, pero además de la consolación, creo que la mayor pobreza de este mundo es la carencia de sentido. El mundo necesita el testimonio de la razón, nuestras razones para creer; necesita que seamos capaces de fundamentar la fe, las razones de la existencia de Dios, ser capaces de iluminar también, a través de la Sagrada Escritura, las situaciones existenciales de quienes nos rodean. Ser capaces de dar razón de nuestra fe a los que nos rodean.

Repito que la mayor carencia es la carencia de sentido. Recuerdo una anécdota estando en un encuentro de terapeutas después de un proyecto de lucha contra la droga, uno de ellos hizo referencia a cómo es necesario el factor afectivo para que alguien tenga fuerza para arrancar de una adicción; el hecho de que se sienta querido por alguien, por un amigo verdadero o por una novia le dará oportunidad de ser rescatado. Y yo les dije "bien, pero ojo, eso es cierto pero si el rescate tiene lugar exclusivamente por el conducto emotivo o afectivo nos hace muy vulnerables; si ese joven deja la droga porque busca una novia y luego la novia le deja, volverá de nuevo a su drama interior"; entonces necesitará también que le ayudemos a descubrir un sentido en la vida, una razón última para vivir. Creo, por tanto, que una gran caridad que el mundo necesita y forma parte de la reparación que el Corazón de Cristo se merece, es que seamos testigos de la acción de Dios en el mundo, que seamos testigos de la revelación de Dios, que prediquemos al mundo la bondad de Dios, su revelación, la Doctrina Social de la Iglesia, que el mundo sepa que la revelación de Dios tiene la luz suficiente para poder ser felices y que si no somos felices es porque no vivimos conforme a la revelación de Dios. Jesucristo nos ha dado la suficiente luz en su revelación para poder ser felices en esta vida. Ahora bien si no hemos acogido la revelación de Dios, si el mundo no conoce la revelación de Dios cómo voy a ser feliz? Por lo tanto, una de nuestras tareas claves para reparar el Corazón de Cristo no solo es la consolación, consolar al triste, sino que es enseñar al que no sabe, dar razón de nuestra fe.

Me acuerdo también de una anécdota que se me quedó grabada cuando fui elegido obispo (que por cierto hace 13 años en el día de hoy, el día 24 de junio de mi nombramiento). Entremedio de mi nombramiento y consagración, en Valencia era la Jornada Mundial de las Familias y el Papa Benedicto XVI tuvo un encuentro con los obispos en la capilla del Santo Grial, en la catedral de Valencia. Los obispos de España habían publicado un documento muy valiente titulado "Teología y secularización en España", documento en el cual habían señalado los errores doctrinales que se estaban difundiendo: la negación de la virginidad de María, la negación de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, de la historicidad de los milagros... aquel documento puso el dedo en la llaga sobre los errores que tanto daño hacen al pueblo de Dios. Y me acuerdo que Benedicto XVI dijo una frase que a mí me conmovió: "habéis salido en socorro de la fe de los débiles y Dios os lo pagará". Me impresionó como diciendo: es un gran acto de caridad salir en ayuda de la fe de los débiles, salir a responder a los errores de nuestro tiempo, ser capaz de dar luz allí donde haya oscuridad y Dios os lo pagará. Esto forma parte del ministerio de la consolación porque la consolación no sólo es intentar dar alegría al que está triste, sino darles razones para la esperanza e iluminar con la fe, este momento de relativismo tan grande en el que vivimos.

He ido diciendo distintos consejos para esta reparación del Corazón de Cristo: primero, pronunciar el *fiat*: la aceptación de nuestra vida delante de Dios; segundo, el vencimiento de nuestros miedos por la confianza en Dios; tercero, el ofrecimiento a Dios de un corazón alegre que mortifique sus tristezas interiores o su tendencia a la tristeza; cuarto, el prodigarse en la consolación, consolar al triste, dedicar nuestro tiempo a escuchar a tantas personas heridas; quinto, dar razón de nuestra fe iluminando desde la revelación de Dios y dando respuesta a los errores de nuestro tiempo. Y por último, me parece que una forma también de reparación es estar plenamente dispuestos a buscar **nuevas formas de evangelización**. Hay una expresión en Juan 21:6 en aquel momento de la pesca milagrosa en el que Jesús dice: "echad las redes al otro lado". Es decir, la prontitud para, en ese intento de llevar adelante nuestro apostolado, ser al mismo

tiempo que fieles, ser también creativos. Si hay que echar las redes al otro lado, las echamos; si para intentar evangelizar este mundo de hoy hay que cambiar nuestras perspectivas y tener la capacidad de cómo hablar con los jóvenes y adolescentes de nuestro tiempo que tienen parámetros muy distintos y si hay que hacer un esfuerzo grande de adaptación lo hacemos porque sabemos distinguir perfectamente lo que es eterno y lo que es perfectamente adaptable.

Porque ser fiel y ser creativo no son dos cosas incompatibles, mas bien, las dos se presuponen. Para poder ser fiel hay que ser creativo, porque la fidelidad a Dios no se conforma con sencillamente afirmar las verdades de la fe, sino que dice: "y ¿yo ahora cómo haré entender esto a los alejados? a quienes no lo han conocido?" La fidelidad es creativa, y la creatividad para que sea verdadera tiene que ser fiel sino es subjetivismo, es relativismo. La fidelidad debe conjugarse con la apertura en el discernimiento. No caer en esa tentación de decir: "bueno, es que las cosas siempre se han hecho así". En este momento quizás también a Dios le tenemos que pedir la gracia de que nos inspire: estar atentos a sus carismas, ver por dónde sopla el Espíritu, porque el Señor en su Iglesia esta haciendo cosas y hay cosas que Dios esta bendiciendo, entonces si bendice esas cosas tenemos que estar atentos a ver por dónde sopla el Espíritu Santo, sin tener la tentación de los protagonismos que hacen mucho daño en el seno de la Iglesia, que parece que las cosas si no han nacido de mi, si yo no he sido su autor esas cosas no las aprecio. Esto no es así. Conviene que yo disminuya para que el crezca como diría Juan el Bautista, nosotros tenemos que estar atentas por donde sopla el Espíritu y a tener esa capacidad de creatividad en la que seamos capaces de discernir como hacemos nuestras cosas, escuchando la voz del Espíritu en cada momento. Yo creo que esto también forma una parte muy importante de esa reparación del Corazón de Jesús.

En definitiva, decíamos reparación y expiación y la conclusión es muy sencilla: la verdadera reparación y la verdadera expiación es estar plenamente empeñados en la batalla por la santidad en nuestra vida. Vivir la vida con intensidad de amor, esto es la reparación, queriendo recuperar el tiempo perdido y haciéndonos corresponsables de no solo lo que son mis cosas, mi vida sino que la reparación consiste en decir como San Pablo: "¿quién llora sin que yo no llore con él? ¿quién ríe sin que yo no ría con él?" porque lo que pasa en el mundo me compete, me duele el mundo. Y también disfruto mucho viendo, porque al mismo tiempo que sufro, disfruto viendo cómo el Reino de Dios se abre paso de una manera y de otra. Un corazón reparador es alguien que sufre y goza a partes iguales, las dos cosas. A mí cuando me preguntan por mi vida, yo muchas veces he respondido: "yo soy feliz, pero sufro", o al revés, "yo sufro, pero soy feliz". Pero las dos cosas son inseparables porque, lógicamente, vivir la vida, desde esta perspectiva, desde la comunión del Cuerpo Místico te lleva a sufrir; pero también, al mismo tiempo, es obvio que como es el Señor el que lleva esta historia adelante, vives con confianza y además Dios te da muchas sorpresas gratas, te lo muestra y te dice mira como hago nuevas todas las cosas y te quedas sorprendido. Entonces sufres y gozas al mismo tiempo porque te das cuenta que tus sufrimientos, todos ellos están integrados en un plan, en un designio de Dios, y que Dios no va a permitir que se desperdicie nada, repito, nada en nuestra vida. Esto es como el cerdo, que dicen que se aprovecha todo, pues esto es lo mismo, en esta vida también nos acontece así, todo se aprovecha. Todo resulta para bien en aquellos que confían en Dios, todo resulta para bien en aquellos que saben que el designio de su vida está perfectamente integrado en la obra salvadora del mundo. Y todo es reparador, todo lo que acontece en nuestra vida es reparador, vivido en esta clave.

Se me ha ocurrido que una manera muy buena puede de terminar estas palabras es leyendo el texto de la Consagración que el domingo se utilizará en el Cerro de los Ángeles para la renovación de la consagración en el centenario. Leo ese texto y de esta manera nos preparamos para la renovación de esa consagración:

"Señor Jesucristo, Redentor del género humano, Sacerdote Eterno y Rey del Universo, nos dirigimos a tu Sacratísimo Corazón con humildad y confianza, con reverencia y esperanza, con profundo deseo de darte gloria, honor de alabanza.

Señor Jesucristo, Salvador del mundo, al cumplirse el centenario de la consagración de España a tu Sagrado Corazón, los fieles católicos volvemos a postrarnos en este lugar donde se levanta este trono de tus bondades para expresar nuestra inmensa gratitud por los bienes innumerables que has derramado sobre este pueblo de tu herencia y de tus predilecciones.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, te alabamos por el amor que has revelado a través de tu Sagrado Corazón, el cual, traspasado por nosotros, es fuente de nuestra alegría y manantial del que brota la vida eterna. Reunidos en tu nombre, que está por encima de cualquier otro nombre, renovamos la consagración que fue hecha aquí hace 100 años a tu Sacratísimo Corazón, en el cual habita la plenitud de la verdad y la caridad.

Al renovar la consagración de España, los fieles católicos expresamos nuestro ferviente deseo de corresponder con amor a la rica efusión de tu misericordia, impulsando, en comunión con toda la Iglesia, una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría del Evangelio. Cuando la Iglesia nos llama por voz del sucesor de Pedro e impulsar una nueva evangelización, concédenos al ir valerosos al encuentro de las heridas de nuestros contemporáneos para llevar a todos el bálsamo de la misericordia que brota de tu corazón traspasado, que a todos anunciamos con mansedumbre y humildad. Sus heridas nos han curado.

Venga pues a nosotros vuestro santísimo Reino, que es reino de justicia y de amor. Reinase en los corazones de los hombres, en el seno de los hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de las ciencias y de las letras, y en nuestras leyes e instituciones.

Concédenos permanecer siempre junto a María, Madre tuya y Madre nuestra, como en la víspera de Pentecostés, para que el Espíritu Santo produzca un profundo rejuvenecimiento de la fe en España. Que nuestro pueblo, tierra de María, sepa recibir y custodiar los frutos santos de su herencia católica para que pueda hacerlos crecer, afrontando con valentía los retos evangelizadores del presente y del futuro.

Líbranos del maligno y llévanos a participar en la victoria de tu Sagrado Corazón. Que al consagrarnos, que al considerarlos nuestra vida, merezcamos recibir como premio de ella el morir en la seguridad de vuestro amor y en el regalado seno de vuestro corazón admirable. ¡Que todos proclamemos y demos gloria a ti, al Padre y al Espíritu Santo, único Dios que vive y reina por los siglos de los siglos!" Amen.

"Sagrado Corazón de Jesús, en ti confío". "Dulce Corazón de María, sed la salvación mía".

